

“TRES INDIANOS EN LA NOVELA  
GALDOSIANA: AGUSTIN CABALLERO,  
TEODORO GOLFIN Y JOSE MARIA MANSO”

Francisco Juan Quevedo García

Sociedad española. Siglo XIX. Personas. Personajes. Novela. Esta sucesión de motivos, entre muchos otros, como es obvio, son constituyentes del escritor Galdós. Su arte, su fórmula artística: plasmar en una producción ingente la vida social de un país; con lo que encierra ésta de grandezas y de visiones miserables, de virtudes grandilocuentes y de defectos tapados, de ostentosos ganadores y de víctimas. En definitiva, la consabida reseña con que los novelistas nos ilustran sobre el origen de sus creaciones, la propia realidad, se muestra patente en Galdós. De ahí la aparición necesaria en su obra de unas personas características de este momento finisecular del XIX español: los indios.

“el tema de América se presenta como la tierra de un hombre nuevo; el emigrante o indio, de personalidad vigorosa, capaz de crearse su propio destino y de influir en el destino de los demás, posible agente de renovación en una sociedad desvitalizada como la española”. (Del Río, 1969, pág. 125).

Estas palabras de Ángel del Río que se refieren precisamente a la importancia que posee el tema de América en la obra galdosiana, reflejan la relevancia que tienen los indios, no sólo en la ficción literaria, sino también, de forma evidente, en el proceso socioeconómico de una España alicaída por problemas de índole política, social, e, incluso, moral. El prototipo de indio, aquella persona que, con ansias y fuerzas para enriquecerse. “hace las Américas” y vuelve a una España titubeante, se convierte, precisamente por su poder económico, en una posibilidad para lograr que la sociedad española se someta al productivo compás que marca, con ritmo rotundo, en otras sociedades europeas, una productiva burguesía. José Ignacio Ferreras, en un estudio crítico sobre el tema de América en la novela española del siglo XIX, recalca en el personaje del indio. Veamos su particular opinión al respecto:

“Para el novelista realista del XIX, América constituía la alejada pero obligada referencia del indio, personaje novelesco generalmente secundario de la obra, o del americano rico al que se solía satirizar (...) La América decimonónica fue para los españoles o un

refugio para los pobres o un mercado para los ricos; pero nada más, desconsoladoramente nada más.” (Ferrerías, 1973, pág. 255).

Las duras observaciones que realiza Ferrerías se basan en el poco interés suscitado en los novelistas españoles por América, salvo en los casos apuntados. Y es que el indiano, aunque producto indudable de ese continente americano, es interesante para el novelista español porque es un elemento *sui generis* y propio de la sociedad española de la época. Este “refugio para los pobres” que fue la América decimonónica, según Ferrerías, hace de éstos –y ello también se lo debemos a América– un grupo social que, entroncado en la burguesía, empuja la historia española. Agustín Caballero, Teodoro Golfín y José María Manso son tres de estos indianos que participan con protagonismo en la novela galdosiana. Sin embargo, y ahí creemos que radica un atractivo en ellos, no son moldes homogéneos. Aunque con ciertos caracteres paralelos, su función y caracterización narrativa nos presenta a unas personas que, de forma obvia, no se pueden igualar. Tres indianos y tres obras analizaremos en nuestro estudio: *Tormento*, *Marianela* y *El amigo Manso*. 1884, 1878 y 1882, respectivamente, son los años en los que se publican estas novelas. Hay que observar que la figura del indiano está presente tanto en el denominado periodo abstracto al que pertenece *Marianela*, como en el de las novelas españolas contemporáneas, en las que se inserta *Tormento* y *El amigo Manso*, con lo cual queda manifiesto que el interés o la trascendencia del indiano en la sociedad implica que su aparición sea normativa en estas etapas de la producción galdosiana que la crítica ha estructurado.

Hemos aludido a las diferencias observables entre estos indianos. Están ahí, son tangibles en la lectura de las novelas como a continuación veremos. En este sentido hay que observar, en un marco general, una postura favorable hacia Agustín Caballero y Teodoro Golfín, mientras que la postura negativa, sentada en una ironía que se destaca, se establece sobre José María Manso:

“Esta era la estudiada declaración de Caballero, éste era el discurso que en la memoria traía, *mutatis mutandis*, como orador que va al Congreso, pronto a consumir turno parlamentario. Pero cuando llegó el momento de empezar, fuele tan difícil a nuestro buen indiano dar con el principio, que se le embarullaron en el cerebro todas las partes y conceptos de su buen dispuesta oración, y no supo por dónde romper.” (Pérez Galdós, 1982, pág. 60).

“De noche, cuando todo callaba en el industrioso Socartes, quedando sólo en actividad los bullidores hornos, el buen doctor, que era muy entusiasta músico, se deleitaba oyendo tocar el piano a su cuñada Sofía,” (Pérez Galdós, 1976, pág. 97).

“José María, cuyo egoísmo sabía burlar toda clase de molestia siempre que no le impulsase a sobrellevarlas el amor propio, se quitaba de encima casi siempre, con mucho gusto, la enojosa nube de pretendientes, y salía dejándolos plantados en el recibimiento o mandándoles volver. Pero aquel día mi benéfico hermano quiso dar indubitables pruebas de su interés por las clases desheredadas, y fue recibiendo uno por uno a los sitiadores, dando a todos esperanzas y alentando tanto su necesidad o su

ambición (...) Y dando notas y pidiendo notas, y ofreciéndolas y transmitiéndolas, se pasó el muy ladino toda la tarde.” (Pérez Galdós, 1983, pág. 184).

Si los narradores en estas citas de *Marianela* y *Tormento* aluden a “nuestro buen indiano” refiriéndose a Agustín Caballero, y al “buen doctor” cuando se trata de Teodoro Golfín; Máximo Manso, el narrador filósofo de *El amigo Manso*, no duda en desvelarnos el “egoísmo” de su hermano, ni tampoco en calificarlo como “muy ladino”. La diferencia es obvia: el aprecio, la consideración, la afectividad que se siente en la obra por Agustín Caballero y Teodoro Golfín, queda relegada por una consideración negativa en el caso de José María Manso. Existen datos significativos para afirmar esta consideración; uno de los mismos viene protagonizado por la profesión o dedicación que ejercen nuestros indianos. Queda claro, en muchos momentos de las novelas, que Agustín Caballero es un comerciante apasionado por la economía, por los negocios; siente una necesidad imperiosa de trabajar, de respirar el aire que se cierne en los almacenes de mercancías. Teodoro Golfín es un excelente oftalmólogo, esperanza, basada en la ciencia, de Francisco Penáguilas y de su hijo ciego Pablo. Es el ejemplo del avance de la ciencia, de la razón científica, que hace vencer a la realidad a través de los colores que Pablo comienza a percibir con sus ojos recién operados por Golfín. José María Manso es el paradigma del político que llega a los foros sin preparación cultural y política alguna, con unos ideales tan disparatados como sus acciones, producto, en fin, del ocio y de la necesidad de figurar como un personaje relevante dentro del espectro social. Veamos algunos ejemplos en los que se aprecia la condición profesional de estos personajes:

“A veces me digo: “¡Si al darle ojos le convertiremos de ángel en hombre!...” Problema, duda tenemos aquí... Pero hagámosle hombre: ése es el deber de la ciencia: traigámosle del mundo de las ilusiones a la esfera de la realidad, y entonces sus ideas serán exactas, tendrá el don precioso de apreciar en su verdadero valor las cosas.” (Pérez Galdós, 1976, pág. 22)

“Don Agustín era amigo de mi amo, le había conocido en las Américas... Cuando se ponían a hablar, no concluían. Don Agustín registraba toda la tienda, y como es tan entendido en comercio, preguntaba: “¿A cuánto sube el arroz sobre vagón en Valencia? ¿Cómo se detalla aquí el azúcar? (...) Un día entró don Agustín en la tienda y dijo: “Caramba, estoy tan aburrido, que una de tres: o me pego un tiro o me caso, o me pongo a trabajar; es decir, una de tres: o me mato, o me alegro, o me embrutezco para no sentir nada... Lo primero es pecado; lo segundo es difícil; vamos a lo tercero. Tengo ganas de hacer algo, déjeme usted que le ayude.” Y poniéndose en mangas de camisa, se fue al almacén, ¡qué salero!” (Pérez Galdós, 1982, pág. 73)

“Aunque hacía alarde de sencillez y retraimiento, bien se le conocía su anhelo de notoriedad política. ¡Bendito José! Me lo figuraba en primera línea y a la cabeza de un partido, fracción o grupillo, que se llamaría de los Mansistas. Cuando yo así lo decía, él reía a carcajadas, demostrándome, a través de su jovialidad, el gusto que esta suposición le causaba.” (Pérez Galdós, 1983, pág. 94)

En el primero de estos fragmentos se aprecia el valor que adquiere la ciencia como medio de conocimiento. En *Marianela* se debate un tema fundamental que sobrepasa, como característica general de la producción galdosiana, los límites de la obra artística, y que tiene al indiano Teodoro Golfín como protagonista, la diada que forma en un polo la realidad y en otro la idealidad. ¿Es válida la utilización de la ciencia aún en aquellos casos en que puede desmoronar un conjunto de ideas artificioosamente estructuradas? Golfín, a pesar de ser un hombre de ciencia con un gran reconocimiento de su labor, se plantea en un momento determinado si la actuación de la ciencia, en el caso de Pablo, podría ser perjudicial, como inevitablemente sucede con la muerte de la Nela; se interroga si el devolverle la vista a Pablo puede hacer que éste pase de “ángel” a “hombre”, con todos los rigores que el ser hombre comporta. Sin embargo, como se debe a su profesión y a sus convicciones científicas, afirma con rotundidad que va a traer al joven Penáguilas “a la esfera de la realidad” donde podrá comprobar con exactitud las cosas que le circundan. Seguramente, después de la exitosa operación, el ambiente desolador de las minas de Socartes no será tan idealizado por Pablo. Todo ello gracias a los conocimientos científicos del indiano Teodoro Golfín. Un indiano imbuido ya de un Naturalismo que Montesinos señala como “franco”, reconociendo en el bagaje técnico uno de los procedimientos de esta escuela:

“Todo esto nos parece ya franco naturalismo. Y nos recuerda los procedimientos de esta escuela el gran caudal de tecnicismos de minería que a lo largo del libro encontramos, como nos lo recuerda Golfín, que habla como médico aun a los que no lo entienden, ni muchos lectores se harán cargo de qué es eso de “capas corticales”, “examen catóptrico” o “anaurosis”. Todo eso anuncia un pronto advenimiento del naturalismo.” (Montesinos, 1980, I, pág. 243)

Otro elemento importante en la configuración social del XIX lo marca el comercio, y, en este sentido, cabe apreciarse la figura del comerciante burgués. La burguesía española que arranca, en relación con la de los países europeos industrializados, con retraso, tiene en negociantes como Agustín Caballero un seguro acicate para poder emerger de la crisis finisecular. El lenguaje comercial que se aprecia en la cita de *Tormento*, así como la predisposición al trabajo de Agustín, confirma a este indiano como un necesario eslabón de esa misma sociedad que, en muchas ocasiones, le reprende por su brusquedad. El comercio está tan apegado a su persona que en su casa se advierten elementos que denotan esa cualidad; así podemos observar que:

“Desdeñando la rutina de los tapiceros, puso Agustín su despacho a estilo de comerciante rico,” (Pérez Galdós, 1982, pág. 132)

Los modales comerciales los adopta, del mismo modo, su correspondencia con agentes, su estilo de escribir cartas; hecho quizás nimio pero también representativo de la índole comercial de Agustín Caballero:

“Allí trabajaba el indiano, todos los días, dos o tres horas. Escribía cartas larguísimas a su primo, que había quedado al frente de la casa de Brownsville, y también seguía

correspondencia tirada con sus agentes de Burdeos, Londres, París y Nueva York. Su letra clara, comercial, bien rasgueada y limpia, era un encanto;" (Pérez Galdós, 1982, pág. 133)

Los negocios de Agustín sumidos en un silencio propio del más riguroso secreto empresarial, en líneas generales, deben ser muy fructíferos. Corroborra este pensamiento, además de la riqueza de Agustín, manifiesta, verbigracia, en todos los enseres que adornan su casa, remozados en vísperas del frustrado matrimonio; una relación comercial con los centros económicos de gran altura que representa el triángulo París-Londres-Nueva York. Hecho atípico y necesario en la limitada burguesía española de la época. Como también son necesarios los políticos, claves en el funcionamiento de la realidad España, máxime en una situación, como la que corresponde principalmente al último cuarto de siglo, en el que la política no goza de una manifiesta estabilidad que le permita tomar con seguridad el avance de las nuevas ideas sociales y culturales. La falta de fe en el político queda representada en *El amigo Manso* por la crítica que se le hace a José María. Cuando este indiano llega a Madrid, tras su estancia en la "Perla de las Antillas", comienza a verse tentado por figurar en los espacios políticos. Por ello invierte su ocio en convertirse en un líder de un partido que tiene en su escudo "la democracia rampante". Desde que José María decide convertirse en político hasta el final de la obra, Máximo Manso no cesa de ironizar sobre la actitud de su hermano; su falta de profesionalidad, sus escasos conocimientos, impropios del cargo que ostenta, su petulancia irredimible. Es curioso observar cómo Galdós va desgranando poco a poco el proceso que adquiere el indiano en su conformación como político. Primero, la vanidad y el ocio le impulsan a este cometido, paulatinamente comenzará a tener contactos con personajillos, aristócratas, poetas, también con ambiciones de figurar y que ven en la política, y en el dinero de José María, un buen trampolín para conseguirlo. Su vida, su forma de ser, cambia, se transfigura el indiano y su vocabulario se llena del más rico estilo de los políticos. Así Máximo Manso hace constar que:

"Con este síntoma notaba yo en mi hermano el no menos claro de usar constantemente ciertas formulillas y modos de decir de los políticos. La facilidad con que se había asimilado estos dicharachos probaba su vocación. Decía: Estamos a ver venir; los señores que se sientan en aquellos bancos, esto se va; lo primero es hacer país; hay mar de fondo; las minorías tiran a dar, etcétera. Llamaba cogida a los fracasos parlamentarios de un orador, y enchiquerado al Ministro que estaba bajo la amenaza de una interpelación grave. Nuestro Congreso, que tan alto está en la oratoria, tiene también su estilo flamenco. A mi neófito no se le escapaba tampoco ninguno de los profundos apotegmas que son la única muestra intelectual de muchas celebridades, como por ejemplo: Las cosas caen del lado a que se inclinan." (Pérez Galdós, 1983, pág. 95)

José María, con los votos de un distrito de Cuba —de nuevo su relación con el continente americano le proporciona otro éxito— logra salir electo. En este periodo de la vida de José María también se está incubando el germen de su intento de relación con Irene. Punto fundamental en la historia de *El amigo Manso*, pues la historia de amor —otra vez la historia de amor en la novela decimonónica— que se estructura en la obra: la ideal por inalcanzable

pareja Máximo-Irene, frente a la romántica imagen de "final feliz" de Manuel Peña-Irene, funciona como línea narrativa de la obra. Una línea que tiene momentos de tensión con las interferencias, en forma de José María Manso, donjuán cargado de años, mujer e hijos, que intenta, con la ayuda inapreciable de la celestina que es doña Cándida, ávida de dinero y no de honor, lograr que Irene se interese por él. Al final, el interés del futuro marqués, su espíritu utilitario se impone sobre una historia posiblemente escandalosa. Es tan importante para él su consolidación como político que, ante las amenazas de su hermano, un filósofo al cual menosprecia sobre todo por la inclinación de éste hacia los razonamientos y las letras, y no hacia el pragmatismo de fines eminentemente utilitarios; huye del campo de batalla, en este caso el hogar de Doña Cándida, puesto a la cínica precisamente por José María para tener un acceso más fácil a Irene. Huye, deja en paz a Irene, por la convicción de que un escándalo de faldas puesto en conocimiento de la opinión pública —amenaza que efectúa Máximo— no sería, en modo alguno, positivo para su carrera política, que es, por otra parte, excelente. Tal es así que Máximo, ya desde la lejanía que le permite la muerte, en ese estado de abstracción que ya habíamos advertido al comienzo de la novela, nos habla de José María en estos términos:

"Como etiqueta de un frasco, estaba allí el lema de Moralidad y economías. José no pensaba más, ni sabía hablar de otra cosa. Como si hubiera encontrado la piedra filosofal se detiene aún en aquel punto supremo de la humana sabiduría. ¡Moralidad y economías! Con esta receta ha reunido en torno suyo un grupo de sonámbulos que le tienen por eminencia, y lo más gracioso es que entre el público que se ocupa de estas cosas sin entenderlas ha ganado mi hermano simpatías ardientes y un prestigio que la encamina derecho al poder. ¿Será ministro? Me lo temo. Para llegar más pronto ha fundado un periodicozo, que le cuesta mucho dinero" (Pérez Galdós, 1983, pág. 302)

Critica a José María como así a todos los que apoyan o crean a estos políticos que se encaraman al poder sobre la base de su poder económico, no por sus capacidades ni de orador ni de legislador. Es una elección, el ser político, basada en la resonancia social que esa figura encierra. Nótese que la misma doña Javiera Rico ve en los designios que auguran un puesto de diputado a su hijo la máxima expresión de la felicidad. Ser miembro de los foros políticos es una oportunidad única para encumbrarse en la sociedad o, para el que ya está encumbrado, de pavonearse ante la misma. Esto es lo que le sucede a nuestro indiano, que corre de Cuba a Madrid para subir los peldaños del poder. Blanco Aguinaga hace hincapié en José María Manso y en su ambición política:

"Este José María Manso, al igual que otros indianos de su tiempo ha vuelto a España con una gran fortuna no sólo para quitarse de los problemas de una Cuba ya demasiado revuelta, sino para colocarse socialmente. Ahora bien, directa o indirectamente, la importancia social pasaba en aquel Madrid por la política y por la política se decide José María Manso" (Blanco Aguinaga, 1978, pág. 28)

Hemos observado que sobre José María y su dedicación política se entroniza una ironía que no se establece sobre el científico Teodoro Golfín ni sobre Agustín Caballero. Creemos

que, amén de la ironía que se proyecta sobre las cualidades innatas de José María: su egolatría, su vanidad, su incultura, su falta de caballerosidad; Galdós con estos tres indianos logra confrontar los tres ámbitos de actuación de estos personajes: la Política, la Economía y la Ciencia. El resultado es claro, mientras que la Economía, personificada en el activo Agustín Caballero, y la Ciencia, con Teodoro Golfín como emblema, son exaltados como medios para alcanzar una expansión de tipo social e individual; la Política, que se ve reflejada en José María Manso, carece de toda credibilidad principalmente por las personas que se han aupado a los escaños. Estos indianos y la caracterización que se hace de los mismos ayudan a mostrar el pensamiento progresista galdosiano, que en este momento plantea el necesario impulso de la sociedad española, el cual tiene que pasar por el auge de las ciencias y la economía; y por asegurar el crédito en las instituciones políticas, hecho que, lamentablemente, se esconde bajo la desidia, la improvisación, la falta de rigor. Hechos que marcan en la intelectualidad española un marchamo de pesimismo, al que Galdós no se sustrae, a pesar de su propia actividad política. Francisco Rodríguez Batllori, en su obra *Galdós y su tiempo*, da su visión acerca de la concepción política de Galdós:

“¿Fue Galdós un político? ¿Sintió realmente vocación por la política y sus peripecias? El escritor se ha dicho —pasa por diversas fases ideológicas: liberal simpatizante con la Corona, republicano con tendencia socialista y, por último, decepcionado de todo, nihilista político.

Creemos sinceramente que Galdós no estuvo nunca dispuesto a dejarse absorber por la política; recelaba, sin duda, que las actividades públicas pondrían coto a sus aficiones literarias. Por otra parte, no sería Galdós el patriota que medularmente era, si hubiese propugnado cualquier alternativa política frente a una fórmula equilibrada, negativa y justa, con sentido nacional. Su concepto de la justicia no podía aceptar lo que de caprichoso y arbitrario tienen las ideologías partidistas.” (Rodríguez Batllori, 1969, págs. 95-96)

Una diferencia entre los indianos estudiados se puede manifestar en cómo consiguen enriquecerse. Queda patente que una de las características más acusadas de estos personajes es que, generalmente, alcanzan en tierra americana un poder económico respetable.

“Respecto a su fortuna, nadie sabía la verdad. Quién la suponía colosal, quién regularcita y muy saneada; pero el propio misterio en que esta circunstancia estaba envuelta, hacíale más interesante a los ojos de muchos (...) No hay que decir que todo se le dispensaba por la idea que tenían de su desmedida riqueza” (Pérez Galdós, 1982, pág. 36)

“— ¿Y por qué han de estar exentos de esa graciosa ley los solteros ricos? ¿Por qué no han de cargar ellos también con su huérfano, como cada hijo de vecino?

— No me opongo —dijo el doctor mirando al suelo—” (Pérez Galdós, 1976, pág. 111)

“José María, principalmente, no echaba de menos nada de lo que se había quedado del otro lado de los mares. Bien se le notaba la satisfacción de verse tan obsequiado, y

atraído por mil lisonjas y solicitaciones que a la legua le daban a conocer como un centro metálico de primer orden.” (Pérez Galdós, 1983, pág. 61)

En estos textos de *Tormento*, *Marianela* y *El amigo Manso*, se aprecia como la riqueza de estos indianos es motivo, y además relevante, de conversación, con lo cual se consigue potenciar la caracterización de los mismos. Si en el caso de Teodoro Golfín lo considera un soltero rico, hecho que al no desmentir lo afirma el propio doctor, es Máximo, el hermano de José María quien critica la sociedad, al mismo tiempo que establece que el indiano “es un centro metálico de primer orden”; pues, en un ambiente de exaltación de lo utilitario, del beneficio práctico, las lisonjas y adulaciones que recibe José María y que son producto, solamente, de la riqueza que posee, se vuelven aún más repulsivas. La misma crítica a la sociedad en torno a la riqueza del indiano se muestra en la aceptación, en la dispensa que se le atribuye a Agustín Caballero “por la idea que tenían de su desmedida riqueza”. Riqueza, poder económico y, por extensión, social que han conquistado los tres en América. Los medios para lograrlos vienen señalados, casi siempre, por una abnegada lucha contra las circunstancias que le suceden en América. Sucede así, por ejemplo, con Agustín Caballero:

“La corrupción de costumbres, propia de un pueblo donde el furor de los cambios lo llena todo, hace imposible la vida en familia. Las grandes fortunas que en aquel maldito suelo se improvisaron tuvieron por origen la cruel guerra de Secesión, el abastecimiento de las tropas del Sur y el contrabando de efectos militares. Por las vicisitudes de la guerra, que hacían variar cada día el rumbo del negocio, los especuladores no podíamos tener residencia fija. Tan pronto estábamos en Matamoros como en Brownsville. A veces teníamos que embarcar víveres atropelladamente y remontar el río Grande del Norte hasta cerca Laredo. Y ¡qué confusión de intereses, qué desorden moral y social! Americanos, franceses, indios, mejicanos, hombres y mujeres de todas castas, envueltos y confundidos odiándose por lo común, estimándose muy rara vez... Aquello era un infierno.” (Pérez Galdós, 1982, pág. 58).

En uno de los saltos temporales hacia el pasado que Galdós utiliza para referirnos la historia de Caballero; sobre todo en relación con su vida americana, apreciamos cómo la misma no está exenta de riesgos y de duras realidades. “Aquello era un infierno” afirma Agustín, con el convencimiento que aporta la propia experiencia. Ha afrontado nuestro indiano una situación que sólo personas con un vigor extremo pueden soportar e, incluso, aprovecharse de la misma. Notemos que su sinceridad nos hace comprender que se ha enriquecido gracias a las desgracias que proporciona una guerra, que ha sido “uno de los especuladores” que negocian con una situación límite. No duda tampoco en señalarnos que “el contrabando” es una de las técnicas usadas en los negocios especulativos. Su gran fortuna, pues, proviene de una lucha pertinaz contra muchos elementos que la realidad americana había producido. A pesar de la especulación, del contrabando, de “la corrupción de costumbres” que lo rodeaba. Agustín Caballero connota una positiva apreciación sobre su persona. A pesar de sus modales hoscos, resultado no tanto del desconocimiento como de la concepción que posee de la sociedad madrileña, más volcada hacia la huería apariencia que hacia los valores más próximos a las virtudes personales, ejemplificada en la figura



extraordinaria de Rosalía Bringas, un personaje femenino excepcional en la producción galdosiana, tocado por la ironía del novelista, la cual afirma que sólo, ciertamente:

“Si por disposición del Señor Omnipotente, Bringas llegase a Galdós (...) Yo lo sentiría mucho; tendría una pena tan grande, que no hay palabras con qué decirlo... Pero al año y medio, o a los dos años, me casaría con este animal... Yo le desbastaría, yo le afinaría,” (Pérez Galdós, 1982, pág. 42)

Agustín, aunque quiere vivir en sociedad —por ello viene a formar familia en España— no desea someterse a un proceso de refinamiento como el que le haría la de Bringas. Si esta convicción lo aproxima al rótulo de persona antisocial, en efecto, Agustín lo es, pero de una sociedad que, después de tantas desgracias y vicisitudes sufridas en el continente americano, le cae demasiado hipócrita y superficial.

José María Manso también es un personaje que ve en América el lugar idóneo para medrar económicamente. Desde muy joven se le aprecia esta idea y marcha hacia La Habana. En Cuba, el futuro político va a sufrir muchos trabajos, aunque la suerte, como en el caso de Agustín, le va a sonreír con la guerra. En el ambiente bélico el mayor de los Manso va a ganar una considerable fortuna que luego acrecentará con un matrimonio con una rica cubana. Este hecho también es significativo para señalar las diferencias entre los indianos. Mientras que Agustín Caballero viaja a España con el firme propósito de buscar una esposa y formar una familia estable socialmente; y Teodoro Golfín no muestra especial interés en hallar su cónyuge; José María es un ejemplo del indiano que, además de hacer fortuna en su lugar de trabajo, también hace una familia. Y en verdad que la familia que hacen José María y su esposa Lica es especial, por sus vestidos, por su forma de ser con claras reminiscencias caribeñas en un Madrid irónico y burlón. Tal es así que Máximo, en una sincera expresión de pensamiento, nos dice “¡Ay, misero de mí!”, como reza el título-funcionalizado internamente— del capítulo octavo. Para José María, como lo es para Agustín Caballero, aunque la suerte les haya sonreído en América, este espacio es un marco narrativo donde pasan muchas penalidades hasta alcanzar su objetivo final, que no es otro que su primera intención, aquella que los lleva hasta ese lugar: la ambición de riqueza.

“Oíd y temblad. Mi hermano, mi único hermano, aquel que a los veintidós años se embarcó para las Antillas en busca de fortuna, me anunció su propósito de regresar a España, trayendo toda la familia. En América había estado veinte años probando ciertas industrias y menesteres, pasando al principio muchos trabajos, arruinado después por la insurrección y enriquecido al fin súbitamente por la guerra misma, infame aliado de la suerte.

Casó en Sagua la Grande con una mujer rica, y el capital de ambos representaba algunos millones. ¿Qué cosa más prudente que dejar a la Perla de las Antillas arreglarse como pudiese, y traer dinero y personas a Europa, donde uno y otros hallarán más seguridad?” (Pérez Galdós, 1983, pág. 54)

“Nacidos en la clase más humilde, habían luchado solos en edad temprana por salir de la ignorancia y de la pobreza, viéndose a punto de sucumbir diferentes veces; mas tanto pudo en ellos el impulso de una voluntad heroica, que, al fin, llegaron jadeantes a la

ansiada orilla, dejando atrás las turbias olas en que se agita en constante estado de naufragio el grosero vulgo.

Teodoro, que era el mayor, fue médico antes que Carlos ingeniero. Ayudó a éste con todas sus fuerzas mientras el joven lo necesitara, y cuando le vio en camino, tomó el que anhelaba su corazón aventurero, yéndose a América. Allá trabajó, juntamente con otros afamados médicos europeos, adquiriendo bien pronto dinero y fama." (Pérez Galdós, 1976, pág. 98)

El éxito para Teodoro Golfín, al igual que para Agustín y José María, sobre todo para el Caballero, ha sido laborioso. Ha tenido que trabajar mucho para poder estudiar y situarse como un prestigioso oftalmólogo. En este sentido cabe observar un leitmotiv que se relaciona con su manera de ser. Es constante la alusión a ir siempre hacia adelante, sin retroceder, con lo cual se configura como un hombre de carácter resolutivo:

"¡Retroceder! ¡Qué absurdo! O yo dejo de ser quien soy, o llegaré esta noche a las minas de Socartes y abrazaré a mi querido hermano. Adelante, siempre adelante." (Pérez Galdós, 1976, pág. 10)

Esta máxima que, en estos primeros pasajes de *Marianela*, parece como una simple obcecación de Teodoro Golfín, representa mucho más, representa un estilo de vida: ir siempre hacia adelante, salvando los obstáculos que pone la adversidad del propio entorno. El insigne médico es un ejemplo del hombre humilde que, sobre la base del esfuerzo personal, logra lo que ha deseado. En este caso adquirir "fama" y "dinero" en América como doctor. Sin embargo, hay que precisar que, al contrario que Agustín y José María, esta lucha no la realiza en América sino en España; y su ida al continente americano, ya con el título de médico, le sirve únicamente para enriquecerse y cimentarse en el prestigio de la ciencia médica, pero los trabajos, las penalidades, los lamentables días de desasosiego y penuria, que José María y Agustín pasan en América, Teodoro los sufrirá en España. Parece que la abstracción, la idealización de este periodo en el que se encuadra *Marianela* también fuera capaz de idealizar a América como un continente sólo envuelto con oropeles. Es tanto lo que significa América para Teodoro en cuanto tierra de oportunidades y de conquista de ideales que se siente como un verdadero descubridor y conquistador:

"¡Vivan los hombres valientes!...Después de dejarle colocado en Riotinto, con un buen sueldo, me marché a América. Yo había sido una especie de Colón, el Colón del trabajo, y una especie de Hernán Cortés; yo había descubierto en mí un nuevo mundo, y, después de descubrirlo, lo había conquistado." (Pérez Galdós, 1976, pág. 119)

Los nombres de estos indios y su funcionalización interna en las obras nos puede servir para identificarlos y diferenciarlos notoriamente. Hay muchas virtudes que posee Agustín Caballero, es una persona de carácter fuerte, bondadoso con las personas a las que tiene afecto; aunque para los sectores más representativos de la sociedad —sólo por su afán de representar— sea una persona brusca y huraña. La condición positiva de Agustín la confirma de forma homogénea la crítica. Pérez Vidal lo pone como un ejemplo de:

"El emigrante o indiano(...)Cansado de soledad y de lucha, vuelve con dinero a España en busca de tranquilidad y de calor de familia." (Pérez Vidal, 1979, pág. 167)

También Armas Ayala se hace eco de Agustín, de su importancia dentro de la novela galdosiana y de la propia biografía galdosiana, pues Galdós conoce, porque en su propia familia los ha tenido—su hermano y su cuñado—, al indiano. El concepto que Don Benito tiene del mismo y que coincide perfectamente con Agustín Caballero, lo explica nuestro crítico de este modo:

"Por eso, cuando Agustín Caballero, personaje de *Tormento*, aparezca dentro de la novela con su mentalidad indiana, lo hará movido seguramente por los mismos ímpetus y por la misma ideología que ha escuchado Benito Pérez Galdós a su hermano Domingo y a su cuñado Hurtado de Mendoza: "Cada hombre es hechura de su propia vida. El hombre nace y la naturaleza y la vida le hace. El mismo derecho que tiene esta sociedad para decirme: "¿por qué no eres igual a mí?", tengo yo para decirle a ella: "¿por qué no eres como yo?" A mí me han hecho como soy: el trabajo, la soledad, la fiebre, la constancia, los descalabros, el miedo y el arrojío, el caballo y el libro mayor, la sierra de Matamoros." El hombre forjado por su propio esfuerzo. El trabajo imponiéndose a cualquier otro signo de superación. El indiano, para Galdós, fue el hombre hecho a medida de su voluntad y de su esfuerzo." (Armas Ayala, 1989, pág. 203)

La idealización de Agustín Caballero como un personaje positivo es absoluta, y a ello corrobora también su apellido. Agustín romperá las normas sociales en un acto que nos recuerda los saltos temporales al pasado donde nos contaba sus aventuras en tierra americana. Sabedor de lo que significa, inicia sus ansiadas relaciones con Amparo sin haberse casado con ella. No le importan ni los murmullos que subirán de tono ni las descalificaciones, necesita de Amparo y su conciencia, esa que le ha servido para enriquecerse, le sugiere que Sánchez Emperador, a pesar de su relación con el capellán Pedro Polo, es virtuosa y será una buena compañera. Este acto que pudiera significar una conducta negativa y, por tanto, una caracterización de la misma índole, se convierte en todo lo contrario; es una prueba más del buen hacer de esta persona. Socorre a Amparo, y en vez de hundir definitivamente a este Tormento comprende el escabroso hecho que ha cometido y la invita a vivir con él una vida, aunque sea a costa de hollar su delicada reputación social. En definitiva, con esta actuación, Agustín sigue comportándose como ha hecho, salvo individualidades, en toda la novela: como un caballero. Es bondadoso con sus familiares, incluso con la hipócrita de Rosalía, pero también con los menesterosos que van a su casa en busca de ayuda. Cuando alguien le incomoda, y en esta sociedad madrileña en la que reside es un hecho frecuente, prefiere pasar por hurafío y bruto que por maleducado. Es amigo de la sinceridad, aunque no por ello deja de aguantar estoicamente los vaivenes dialécticos de la Pipaón de la Barca. Y, sobre todo, Agustín Caballero es fiel consigo mismo, con su forma de ser, conoce que se ha formado en un ambiente hostil, el cual le proporciona unas condiciones de carácter que él asume perfectamente, como queda ejemplificado en su decisión de marchar con Amparo. Galdós, con un juego retórico basado precisamente en la doble consideración de "caballero" en la obra, como cualidad propia de Agustín y como apellido del mismo, potencia la condición de caballeridad de este indiano:

“Cuando Prudencia volvió a la cocina, acercóse la Emperadora a la puerta del cuarto de costura, y el tímido oyó este susurro, que sonaba con timbre de dulce confianza: - ¡Pchs!..., venga usted para acá, caballero. Caballero.” (Pérez Galdós, 1982, pág. 124)

El nombre de Teodoro Golfín también se encuentra funcionalizado internamente. Observamos que la etimología de Teodoro responde a “regalo de dios”, y, en realidad, lo es para Pablo Penáguilas en *Marianela*. Posee el científico connotaciones de mesas, de hombre esperado para hacer una operación que bien pudiera calificarse como milagrosa:

“— Prepárese usted ahora, señor semidiós —dijo Sofía—, a coronar todas las hazañas haciendo un milagro, que milagro será dar la vista a un ciego de nacimiento.” (Pérez Galdós, 1976, pág. 119)

Su cuñada lo caracteriza como un “semidiós” capaz de “dar la vista a un ciego”, pero con la ciencia, aunque el efecto pueda causar la misma sensación que un milagro, sobre todo en una España con un retraso científico acusado. Además de “Teodoro”, su apellido también está funcionalizado. Precisamente dicha función viene expresada por un razonamiento que realiza el propio médico:

“— Nosotros —indicaba Teodoro—, aunque descendemos de las hierbas del campo, que es el más bajo linaje que se conoce, nos hemos hecho corpulentos... ¡Viva el trabajo y la iniciativa del hombre!... Yo creo que los Golfines, aunque, aparentemente, venimos de maragatos, tenemos sangre inglesa en nuestras venas...Hasta nuestro apellido parece que es de pura casta sajona. Yo lo descompondría de este modo: Gold, oro...; to find, hallar...Es, como si dijéramos, buscador de oro...He aquí que mientras mi hermano lo busca en las entrañas de la tierra, yo lo busco en el interior maravilloso de ese universo en abreviatura que se llama el ojo humano.” (Pérez Galdós, 1976, pág. 99)

La anglofilia galdosiana parece encontrar en Golfín un continuador tenaz. Vemos que la postura sincera de Teodoro al revelar lo bajo de su linaje, ocupando una posición privilegiada, favorece más su persona que la ausencia de una petulancia genealógica que en muchas ocasiones es falsa; y también por la exaltación del consabido esfuerzo del hombre por sobresalir en una sociedad que lo determina. Teodoro Golfín se propuso “hallar” “oro”, ser “buscador de oro”, metáforas que implican triunfar en la vida, conseguir lo que se desea, aun a sabiendas que va a ser muy duro, especialmente porque arranca en esta carrera hacia la altura de los estratos más bajos. Con toda probabilidad en los ojos de sus pacientes no hallará Golfín nunca el preciado metal pero sí les proporcionarán éstos una fama consolidada y unos ingresos que le permitirán considerarse y ser considerado como un hombre rico.

En José María Manso también vemos que su nombre sirve para caracterizarlo, pero en esta ocasión Galdós realiza esta caracterización literaria de modo inverso. Al igual que Doña Cándida García Grande posee un nombre que no es más que otra ironía, pues la candidez de Doña Cándida no asoma por espacio alguno de la novela, ni su grandeza tampoco, salvo en sus irreales atisbos de enriquecida dama; así también ocurre con José María Manso. Ni sus nombres de pila, con claras alusiones bíblicas de bondad y virtuosismo, ni su apellido, reflejo

de una bonhomía inexistente en él. representan su forma de ser siniestra, hipócrita, engreída. Esta consideración aún se acentúa más cuando lo enfrentamos a su hermano, cuyo nombre, Máximo Manso, sí que responde a sus cualidades. El catedrático de Filosofía es un hombre eminentemente tranquilo, del cual se aprovecha su hermano, su cuñada, los jóvenes amantes, Manuel e Irene, que recurren a él para que medie a su favor con doña Javiera. No es de extrañar, pues, que en el título de la novela, *El amigo Manso*, aparezca claramente la condición de amigo de Máximo. José María dista mucho de la honradez y el buen honor de su hermano; en el siguiente ejemplo vemos que, a través de una crítica a las ilícitas actividades políticas que se basan en la recomendación y en el trato de favor, se fundamenta una visión negativa de este indiano:

– Ese Cimarra —manifestó en su respiro— es hombre verdaderamente notable. Dicen que es inmoral...Mira, tú: yo no quiere meterme en la vida privada, ¿eh? En la pública, Cimarra es verdaderamente activo, hábil, muy amigo de sus amigos. Anoche estuvimos hasta las dos en el despacho del Ministro...y ahora que me acuerdo hablamos de ti. Ya es hora de que pases a una cátedra de Universidad, y bien podría ser que dentro de algún tiempo te calzaran la Dirección de Instrucción Pública...¡Ea, ea!, no vengas con modestias ridículas. Eres, verdaderamente, una calamidad. Con ese genio nunca saldrás de tu pasito corto.” (Pérez Galdós, 1983, págs. 93 y 94)

Seguramente Máximo tiene los suficientes méritos para poder pasar a una cátedra de Universidad o a la misma Dirección de Instrucción Pública, pero estos cargos no los merece Máximo como producto de la maquiavélica intervención política de su hermano, como así parece reconocer por medio de las “modestias ridículas” con que responde a las palabras no expresadas, pero no por ello desconocidas —de nuevo el juego literario galdosiano—, del filósofo.

La caracterización física de los personajes también es un dato que permite distinguir a estos indios, y, al menos, ver cómo hay una marcada acentuación positiva a favor de Agustín Caballero y Teodoro Golfín, mientras que José María Manso sigue siendo ironizado. Si los primeros parecen atractivos por sus físicos vigorosos, sellados por las secuelas de un trabajo activo y endurecedor; de José María, en una de las pocas alusiones a su físico —y aquí concretamente se refiere a todos los Mansos—, se nos dice que:

“Tenía por nariz la trompeta que es característica de todos los Mansos” (Pérez Galdós, 1983, págs. 90-91)

El médico, frente a la escasez de descripciones de José María, sí posee un número relevante de ellas, y muy significativas; en especial las que lo caracterizan como un león. El rey de los animales es el único capaz de simbolizar los rasgos físicos y morales de Teodoro Golfín, su fiereza en su carácter tenaz.

“Era un hombre de facciones bastas, moreno, de fisonomía tan inteligente como sensual, labios gruesos, pelo negro y erizado, mirar centelleante, naturaleza incansable, constitución fuerte, si bien algo gastada por el clima americano. Su cara, grande

y redonda; su frente huesuda, su melena rebelde aunque corta; el fuego de sus ojos, sus gruesas manos, habían sido motivo para que dijeran de él: "Es un león negro." En efecto: parecía un león, y, como el rey de los animales, no dejaba de manifestar a cada momento la estimación en que a sí mismo se tenía." (Pérez Galdós, 1976, págs. 98-99)

Agustín Caballero se ve reflejado en las páginas de *Tormento* como una persona con un atractivo que el continente americano, con toda su rudeza, se ha empeñado en debilitar, aunque todavía mantiene algunos rasgos que hacen presenciar en este caballero una "vigorosa constitución física":

"Agustín Caballero no era ya mozo; pero, sin duda, el cansancio y los afanes de una penosa vida tenían más parte que los años en la decadencia física que expresaba su rostro. (...) El color de su rostro era malísimo: color de América, tinte de fiebre y fatiga en las ardientes humedades del golfo mejicano (...) Siempre vi en Caballero una vigorosa constitución física. medio vencida en ásperas luchas con la Naturaleza y los hombres: una fuerte salud gastaba en mil pruebas; una hermosura tostada al sol." (Pérez Galdós, 1982, págs. 34-35)

La vuelta a España, el regreso del indiano, ya con una considerable fortuna, es uno de los hechos típicos de estos personajes. Su venida se ve envuelta en el interés que promueven en la sociedad, sobre todo en los menos favorecidos, su riqueza y la forma de haberla conseguido. Cuando llega el indiano causan sorpresa y también burla sus costumbres americanas, aún no refinadas por el ambiente madrileño. También causa sorpresa, de admiración, envilecida por algún atisbo de envidia, sus posesiones, en especial sus hogares. En el caso de nuestros indianos, tanto desde la perspectiva de su regreso a España, como de la pervivencia en sus modales de costumbres americanas, son José María Manso y Agustín Caballero los que denotan esta condición de forma más clara. Teodoro Golfín, aunque posee la facultad para hacerlo, no se ha instalado de modo definitivo en España, ni parece, por las palabras del narrador, que tenga fundadas razones para hacerlo:

"En la época de esta veraz historia venía de América, por vía de Nueva York-Liverpool, y, según dijo, su expatriación había cesado definitivamente, pero no le creían, por haber expresado lo mismo en otras ocasiones y haber hecho lo contrario." (Pérez Galdós, 1976, págs. 99-100)

En cambio Agustín Caballero y José María Manso sí han decidido regresar a España de forma definitiva; y este regreso, que lleva aparejado la construcción de un hogar acorde con sus deseos y necesidades, permite caracterizar aún más a estos personajes. En los dos casos la posición económica elevada se aprecia inmediatamente:

"Al fin encontramos un magnífico principal en la calle de San Lorenzo, que rentaba cuarenta y cinco mil reales, con cochera, nueve balcones a la calle y muchísima capacidad interior: era el arca de Noé que se necesitaba. Yo calculé los gastos de instalación, muebles y alfombras en diez mil duros, y José María no halló exagerada la cantidad. Los hechos y los números de los tapiceros me demostraron más tarde que yo

me había quedado corto y que mi saber del conocimiento exterior y trascendente no llegaba hasta poseer claras ideas en materias de alfombrado y carruajes.” (Pérez Galdós, 1983, pág. 55)

“Y allí ha de ver usted abundancia, sin que se pueda decir que hay derroche. La casa es un palacio. No crea usted..., cortinas de seda, alfombras y candeleros de plata... En la cocina hay máquina para hacer helado, y en el comedor un servicio de huevos pasados que es una gallina con pollos, todo de plata. La gallina se destapa, y allí se ponen los huevos pasados(...) En uno de los cuartos hay una pila de mármol con dos llaves, una de agua fría, otra de agua caliente. Da gusto ver aquello(...) ¡Vaya, que ha gastado el amo dinerales en arreglar la casa! Es suya; pues ¿qué cree usted?, la compró por tantos miles de miles de duros.” (Pérez Galdós, 1982, pág. 74)

Las novedades domésticas se dan cita en estas grandes casas de los indianos, caracterizando a los mismos como personas enriquecidas, pero también las casas de Agusín y José María sirven para diferenciarlos. Mientras que en la casa de Caballero, un hombre metódico, servicial, reina el orden y el sosiego, en la casa de José María parece gobernar una anarquía, potenciada por los discolos gustos de sus habitantes. Ricardo Gullón y Joaquín Casalduero han visto en la casa de José María elementos que inciden, otra vez, negativamente sobre su persona. En el caso de Gullón las habituales comidas familiares que se pueden ver en la casa de José María son ejemplo claro del desorden establecido como norma en este “magnífico principal”. Casalduero, basado en la simbología galdosiana, nos enseña cómo los relojes en casa de José María, que casualmente marcan siempre una hora exacta, son copartícipes de un desorden irregular que se instaura en la casa y en la vida de José María.

“Ya ha sido observado cómo entre los numerosos signos de la simbología galdosiana figura el reló. Esa máquina retrasada o parada que marca la detención de la historia de España o su atraso. Galdós ahora, después de oponer la lógica a la cronología, hace que los relojes en casa de José María Manso —el político figurón, hermano de Máximo— y en el cuarto de Doña Cándida —la tramposa embaucadora, tía de Irene— marquen siempre una hora falsa. Irregularidad y desorden, que los mismos personajes hacen notar y Galdós, según acostumbra, recalca; irregularidad y desorden también son las características de la estructura del espacio.” (Casalduero, 1974, pág. 224)

“Tiempo inmóvil y a la vez, con deliberada contradicción, tiempo anárquico, para significar que lo antes precioso ahora no vale nada y sugerir que la vida camina a saltos, sin sujeción a norma alguna, en contradicción con la metódica y regulada que solía ser la de Manso. Anárquica es en casa de José María y nada lo documenta mejor que la descripción de una comida familiar: cada cual come lo que quiere y en el orden (o desorden) que se le antoja.” (Gullón, 1970, pág. 98)

Con Agustín y con José María también podemos ejemplificar la existencia en los indianos de elementos caracterizadores de América que han incorporado en sus estancias en esta tierra. En el caso de Caballero lo delata una de sus preferencias gastronómicas: los frijoles, producto típico del continente americano, que aprecia con deleite. Amparo, conocedora de

los gustos de su futuro marido, piensa en la adquisición de este producto como uno de sus cometidos principales en la administración de su nuevo hogar:

“A él le gustaba mucho, para almorzar, los huevos con arroz y frijoles. El frijole de América era muy escaso aquí; pero Cipérez solía tenerlo...Ella se ejercitaría en la administración, llevando su libro de cuentas, donde apuntara el gasto de la casa.” (Pérez Galdós, 1982, pág. 159)

María Moliner en su *Diccionario de uso del español* establece una acepción del verbo “guindar” que se establece de forma usual en Hispanoamérica: “Colgar una cosa en algún sitio”. Este es el sentido que adquiere en las siguientes palabras de José María, advirtiéndose con ello el reflejo de la Cuba colonial en la que han vivido gran parte de su vida:

“—¿Has estado arriba, en el palco de la familia? —le pregunté para cortar el hilo funesto de su estadística.

—No; ni pienso ir. ¡Buena la han hecho! ¿Te parece?...¡Guindarse en ese palcucho! ¡Qué inconveniente, qué tontería y qué estupidez! Mi mujer me pone en ridículo cien veces al día...” (Pérez Galdós, 1983, pág. 168)

Pérez Galdós no ha dejado al margen en su producción artística a los indios, puesto que son personajes propios de la sociedad española que abre y cierra su creación literaria. Nosotros hemos escogido a tres de ellos, Agustín Caballero, José María Manso y Teodoro Golfín, para caracterizarlos y ejemplificar, con su función interna, cómo nuestro novelista no se introduce en el fácil lienzo de la homogeneidad de caracteres en personajes con una línea común. Ha sabido explotar unos elementos particulares en cada uno de ellos que refuerzan la ironía, la crítica, a una España decimonónica que cae en sus letras.



## BIBLIOGRAFÍA

- ARMAS AYALA, Alfonso (1989): *Galdós: Lectura de una vida*, Santa Cruz de Tenerife, Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos (1978): *La historia y el texto literario. Tres novelas de Galdós*, Madrid, Editorial Nuestra Cultura.
- CASALDUERO, Joaquín (1974): *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*, Madrid, Biblioteca Románica Hispánica.
- DEL RÍO, Angel (1969): *Estudios galdosianos*, New York, Las Americas Publishing Company.
- FERRERAS, José Ignacio (1973): *Introducción a una Sociología de la novela española del siglo XIX*, Madrid, Edicusa.
- GULLÓN, Ricardo (1970): *Técnicas de Galdós*, Madrid, Taurus Ediciones.
- MONTESINOS, José F. (1980): *Galdós*, Tomo I, Madrid, Editorial Castalia.
- PÉREZ GALDOS, Benito (1976): *Marianela*, Madrid, Ed. Hernando.
- (1982): *Tormento*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1983): *El amigo Manso*, Madrid, Alianza Editorial.
- PÉREZ VIDAL, José (1979): *Canarias en Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria.
- RODRIGUEZ BATLLORI, Francisco (1969): *Galdós en su tiempo*, Madrid, Copión.